



Para pensar sobre la poesía de Javier Sánchez Menéndez tuve que ir al mar con sus libros, sentarme en la arena y mirar hacia el horizonte por largo rato. Tuve que imaginarme el faro de Camarinal y respirar el salitre de las rocas que se dejan azotar con resignación por las olas mediterráneas, incluso necesité dialogar con esos personajes extraños, pero tan reales como las nubes, que hacen de la vida un eco imperecedero en *El libro de los indolentes*. Después caminé despacio, sin zapatos, pretendía ser uno de ellos, conectarme con el soplo filosófico que sirve de basamento a la existencia humana.

Logré ver muchas cosas por muy ocultas que estuvieran, los “vacíos sin armonía”, “el estado de la simpleza”, “la inspiración mediática”, vi la muerte circunstancial y la definitiva, el ojo del universo apuntando hacia la frente de un poeta. Por cada sugerencia trazaba una raya en la arena e iba desentrañando los mensajes, a veces cortos y certeros, otras brumosos e irónicos, pero todos ellos recreados dentro de una poética inusual, tan honesta y directa que por instantes sentía sacudidas de resucitación, ansias tremendas por correr detrás de esas imágenes que por momentos percibía apocalípticas, el réquiem de nuestra civilización y a la misma vez la anunciación de un estado nuevo de conciencia.

CKA- Dime si los siniestros tienen salvación, o si sencillamente no tienen destino, como esos espíritus vulgares de los que hablaba Platón.

JSM- Los siniestros se encuentran en el estado o punto de *no retorno*. De allí no se regresa. Son sombras vulgares que habitan entre nosotros y nos confunden. Acercan los desvíos a la literatura e intentan impedir que alcancemos los matices en ella.

Los indolentes velan para amortiguar el daño de los siniestros. Así Saúl lo hace conmigo.

Los siniestros son y están, nunca han dejado de ser, y por ello nunca serán. Son inteligentes, plenamente conscientes de sus limitaciones pero nunca lo aceptan, de ahí su maldad.

Suelen acudir en grupo donde uno de ellos lleva la voz cantante, el resto replica al unísono.

CKA- ¿Entonces estamos hablando de conciencia colectiva manipulada, algo así como la metáfora de un panteón de dioses sometidos al poder de la deidad suprema? Porque indudablemente, los siniestros pertenecen a una manada que si bien tiene sus mecanismos de supervivencia individuales, siempre responden al llamado de una voz que intenta predominar. ¿Significa que en realidad los siniestros necesitan esa dinámica para sentirse protegidos, cohesionados, y en parte desentenderse cómodamente de la responsabilidad que deberían asumir ante la vida?

JSM- Los siniestros son los terroristas del verso, mientras estén agrupados se sienten protegidos, por sí solos son incapaces de actuar. Incluso los adjetivos que mejor los definen son la falsedad y la envidia.

La conciencia del ser humano puro, aquel que camina con paso firme y solvente, lector serio y riguroso, nunca podrá ser manipulada ya que se alimenta de la verdad, y su único objetivo es acercarse al centro indudable.

CKA- Los indolentes... ¿son realmente apáticos, desidiosos? Porque yo veo en el hecho de vigilar a los siniestros, como bien has dicho, para amortiguar el daño, un afán participativo, el desempeño de una tarea, que es todo lo contrario a la indolencia. ¿Me puedes aclarar un poco el concepto?

JSM- Los indolentes existen, son reales, se encuentran entre nosotros, pero tan solo los sensibles pueden apreciarlos. Se presentan con miedo, con la inseguridad de lo ajeno. Cuando los conoces y los tratas no son apáticos.

La indolencia nace del caos, del caos originario y permanente. En la indolencia radica la virtud, la paz y el bien. Ellos saben sufrir pero no sienten, y guardan silencio para no dañar.

CKA- Me hiciste recordar ese aforismo de Fernando Pessoa que dice “el hombre es un egoísmo mitigado por una indolencia”... ¿qué piensas sobre esto, crees que realmente la indolencia mitiga el egoísmo del hombre?

JSM- La indolencia es el único remedio a todas las enfermedades, incluido el egoísmo del ser humano. Pessoa era sabio. El planificó su futuro literario con inteligencia y con escritos veraces y certeros. *El libro del desasosiego* es un canto a la indolencia.

Pero el egoísmo, como tal, debe ser rechazado y temido. Siempre va acompañado de la envidia y, cuando están juntos, son difíciles de vencer. La soledad y el silencio son las armas para su destrucción.

CKA- De acuerdo contigo, la soledad y el silencio, porque el egoísmo contamina y su influencia es letal, sobre todo aderezado con las especias de Ptono.

Algo que me resulta curioso, es que *El libro de los indolentes*, inicialmente presentado como prosa poética, lo clasificas como ensayo. En efecto, posee conciencia artística, es crítico, social, filosófico, persuade, o sea que tiene características que lo llevan de la mano por esos caminos, además que el ensayo es un género literario sin lugar a dudas... ¿pero de todas maneras no piensas que también puede encajar dentro de los parámetros de la prosa poética?

JSM- *El libro de los indolentes* es poesía. Y la prosa poética es poesía igualmente. Hay narrativa que también es poesía. El género es algo inclasificable en algunas obras literarias. La filosofía de los presocráticos o del propio Platón, las considero poesía auténtica.

CKA- *El violín mojado*, el segundo de tus poemarios, fue publicado por primera vez en el año 1991 y recientemente por la editorial Libros del Aire... ¿qué te motivó a republicarlo?

JSM- Cuando apareció en la editorial madrileña Libros del Aire la antología *Faltan palabras en el diccionario (Poemas escogidos 1983-2011)* en el año 2011, muchos lectores acudieron al origen de los libros, las primeras ediciones de los poemarios, hoy prácticamente imposibles de encontrar, y el editor se interesó por *El violín mojado*. De ahí nació el proyecto que se ha publicado a finales de 2013 con una introducción de Rocío Fernández Berrocal.

El hecho de la aparición de la citada antología también ha propiciado la reedición de otro de mis poemarios más significativos, *La muerte oculta* (que apareció en Córdoba en 1996), y que se publicará en una nueva edición en 2014 con prólogo de Antonio Colinas y epílogo de Tomás Rodríguez Reyes.

CKA- Es un libro de iluminaciones existenciales, a veces dolorosas, pero sobre todo de amor, un amor inmarcesible... ¿lo considerarías una ofrenda a los recuerdos, o una catarsis necesaria para sobrevivirlos? He sentido durante todo el

viaje a través de sus páginas que ese “algo” persiste, como si fuera una especie de encantamiento resignado, estoico, que se niega a la renuncia...

JSM- Hoy me preguntaba un periodista sobre *El violín mojado*. Es un libro escrito en 1987, tenía 23 años y estaba enamorado de la palabra. Pero es un libro de guerras, de resignación, un libro con tres episodios diferentes y unidos que iban creándose al unísono.

Una iluminación, como bien dices, fue capaz de unificarlo. Me obsesionaba el ritmo y el tono en ese tiempo. Es un poemario de tono, de ritmo, de pasión, de angustia.

Sobrevivimos en la resignación. Soy incapaz de escribir un verso en paz, debe existir la angustia para la creación verdadera, para esa renuncia, ese encantamiento, esa veracidad en definitiva.

El violín mojado es un libro de amor impresionista, una manifestación de amor verdadero a la literatura, una ofrenda para complacer a los superiores e intentar acercarme al centro indudable.

CKA- *La muerte oculta*, hermosísimo poemario -diría que indispensable para la poesía contemporánea- y ahora próximo a ser republicado por la editorial Vitela... ¿muerte interior, integración del espíritu a la naturaleza, un “silencio fecundo”, como diría Tomás Rodríguez Reyes en el Epílogo?

JSM- Es el centro lírico de mi obra. Ya pensaba en desaparecer y *La muerte oculta* estaba concebida como una despedida. Aunque, en su mayor parte, fue escrito a finales de los años ochenta, presentaba y aunaba los símbolos interiores que los poemarios anteriores habían conseguido trasladarme.

La muerte oculta es un libro de luces y de sombras, de claridad y romanticismo. Una larga elegía con música de fondo, una suite en la noche.

Refleja mi concepto de la poesía, todo está en él a través de unas señales luminosas que hay que descifrar. El poeta verdadero es una isla desierta al margen de las modas, los grupos y las clasificaciones.

CKA- Después de todas esas constelaciones generacionales de los años 1898, 1914 1927 y 1950, con escritores, filósofos, poetas y dramaturgos tan renombrados y sólidos como Antonio Machado, Unamuno, Ramón Gómez de la Serna, María Zambrano, Juan Ramón Jiménez, Lorca, Salinas, María Teresa León, Ana María Matute, entre muchísimos otros... ¿crees que ha quedado como una especie de oquedad en el panorama literario de la España actual? No me refiero a luces individuales y dispersas, que las hay, sino a hermandades, a un conjunto que defina ese punto de encuentro merecedor de ser catalogado como lo fue en su momento, por ejemplo, “La Generación del 27”.

JSM- En España hay excesivas hermandades, pero ninguna de ellas posee la calidad literaria de las generaciones precedentes. Ya no existe la crítica, los suplementos y las revistas están viciados.

Hay buenos poetas en España en la actualidad, pero los auténticos crean y leen en silencio y soledad, ajenos a la falsa veracidad que contamina y corrompe, procuran estar al margen de la *no poesía*.

CKA- He escuchado en Internet tus segmentos de opinión en *Ser*, estación radial de Andalucía, que por cierto, uno de ellos es sobre el vaporcito de Cádiz, no sabía que se había hundido en el 2011 y me impactó la noticia pues cuando vivía en España, tuve el placer de navegar en él varias veces en diferentes épocas, por demás una experiencia inolvidable... ¿me puedes hablar un poco sobre estos segmentos, cómo surgió el proyecto?

JSM- Colaboré hace un año, una temporada completa, en la edición andaluza del programa de la SER “A vivir que son dos días”. Fue una experiencia muy positiva

para todos. No descarto volver en algún momento cercano. Pero ahora estoy centrado en otros proyectos que deben finalizar, tienen fecha de caducidad.

CKA- Háblanos un poco de ti, de lo que piensas en general, aunque leyendo tus libros ya estamos frente a Javier el hombre, el escritor, el poeta, pero nos gustaría ubicarte en un contexto cotidiano, más familiar, por ejemplo... ¿cómo transcurre tu día? ¿Qué haces a partir del momento en que despiertas y te reconoces? ¿Con cuál estación del año te identificas? ¿Tienes una mascota? ¿Qué significa el mar para ti?

JSM- La vida transcurre de una forma normal y rutinaria. Robo horas al día para leer, es lo más importante.

Amo la naturaleza y su contemplación, los árboles (sobre todo las encinas y los acebuches), las nubes, la tierra, los pájaros... En la naturaleza se encuentran todos los matices que el ser humano precisa para alimentarse, en la naturaleza y en los libros.

No tengo mascota. Odio los insectos aunque hablo con ellos todos los días, creo que me temen. Me encanta pasear –ahora no puedo y es un sufrimiento permanente- y contemplar.

Nací en la antigua calle Marqués de Comillas (hoy Soledad) en Puerto Real (Cádiz), a la orilla del mar. El olor a sal entraba por las ventanas y aún lo retengo. El mar es vida, el mar es naturaleza en estado originario.

CKA- ¿Existe la reencarnación? He notado en tu poesía simbologías que lo sugieren, y también un cierto misticismo entrelíneas.

JSM- Existe la reencarnación. Firmamos un contrato cada vez que acudimos a la vida terrena, y venimos con conocimiento de todas y cada una de las actuaciones y los desarrollos de ese instante.

No poseemos un concepto real del espacio ni del tiempo. Los seres humanos somos muy limitados y observamos un uno por ciento de lo que nos muestra la naturaleza.

A lo largo de nuestras estancias, cada una de ellas posee un contrato diferente, recibimos señales, símbolos, reflejos, que hemos de captar y descubrir. Ellos enriquecen nuestra vida.

CKA- ¿Crees que el ser humano logrará alcanzar en el futuro un estado de conciencia que lo reconcilie con la vida y consigo mismo? ¿Existirían los indolentes sin la presencia de los siniestros, o viceversa?

JSM- Ese estado de conciencia que mencionas no es más que el conocimiento y asimilación de los símbolos y las señales. Existe la maldad porque en ese justo instante desaparece (o se desconoce) la bondad. El conocimiento es la fuente de energía capaz de mantener en armonía y en equilibrio al ser humano con la vida y consigo mismo.

Los indolentes existen sin la presencia de los siniestros. Ellos tienen muchas labores terrenales que cumplir, la vigilancia es una de ellas. Nunca busques a un indolente, él te encontrará a ti si has llegado al estado de los *sensibles*.

Así es Javier Sánchez Menéndez. Nos quedamos con su poesía, el hombre regresa a la soledad, al tiempo sin edad ni sujeciones donde estará descifrando más que símbolos, esos mensajes inagotables que le llegan del mar.

“Y si después de todas las palabras os dijera
que la sigo queriendo,
me diríais que no es cuerdo
que un político persista con la nada,
porque los clásicos son políticos
y la política siempre es honesta

mientras la historia camina con paso tranquilo,
y no existen las críticas,
libre de la tormenta.

Querer o no querer, es el silencio,
imaginar y recordar
los días breves y gozosos.

Ahora ha pasado el tiempo
y los ancianos me dicen
que tengo toda la vida por delante,
a mí me gustaría
tener la vida alrededor.”

(El violín mojado)

BIOGRAFIA Y REFERENCIAS DEL AUTOR:

http://es.wikipedia.org/wiki/Javier_Sánchez_Menéndez

FOTO DEL AUTOR:

Jasamaphoto

La Peregrina Magazine © 2014